

tonomía de Cataluña y de las demás regiones que lo soliciten, como reconocimiento de su propia personalidad dentro de la unidad española.

78.000 africanos con la media luna en tierras católicas de don Pelayo y del Cid, para oponerse a un ideario tan simple como el esbozado

Leo estos puntos del programa socialista, y no acierto a comprender las razones que haya tenido el Gobierno de la República para no aceptarlos.

¿Acaso la Banca no está nacionalizada en la Alemania de Hitler y en la Italia de Mussolini?

¿Es que no son buenos al sur de los Pirineos los reglamentos aprobados en Ginebra por la Oficina Internacional del Trabajo?

¿Puede, en justicia, calificarse de rojos y de extremistas a los partidos que pugnan por dotar a los campesinos con medios sanitarios y culturales?

¿No ha sido, por ventura, más radical que todo eso el Presidente Roosevelt con su política del «nuevo trato»?

Aun en monarquías como Suecia, Holanda, Noruega, Dinamarca, Bélgica, la Gran Bretaña, está protegido el proletariado con más amplias ventajas que las arriba enunciadas. Sin embargo, la propaganda fascista se ha echado encima de este viejo luchador cuyas manos fuertes acabo de estrechar al despedirme. Y no sólo sobre él, sino también sobre la administración republicana que no se atrevió, cuando todavía era tiempo, a debilitar la fuerza económica de la casta cerril que está ahora en armas contra el sufrido y explotado pueblo español.

¡Rojos! ¡Pagados por Rusia! ¡Hordas feroces de asesinos e incendiarios! Así llaman a los del Frente Popular los enemigos de la justicia social. Los católicos «nacionalistas» que han invadido a su patria con 78.000 moros mahometanos. Los «blancos», impugnadores de la violencia, que siembran el terror y echan por delante, haciendo la señal de la santa cruz, a los cabileños del Africa. ¡La media luna desplegada a los cuatro vientos en tierras de Castilla! ¡Manes de don Pelayo y del Cid!!

Los catalanes demuestran su españolismo dando la vida en los campos de batalla.

2 de septiembre de 1936. Estación de Atocha. Milicianos. Registro de equipajes. Presentación de documentos. Miles de pasajeros esperando varios trenes para salir de Madrid. A las nueve de la noche inicia su largo recorrido el expreso a Valencia y Barcelona. Abrazos, apretones de mano, pañuelos que se agitan.

En la mañana del día siguiente estoy en la populosa y animada ciudad de Blasco Ibáñez. Ocho horas después he llegado a la ciudad condal, dejando atrás la muralla romana de Sagunto; el pintoresco pueblo de Vallcarca en que Rubén Darío, durante cuatro meses, escandalizó a los vecinos con tomar el sol en pijamas; y la población acogedora de Benicarló, conectada con la isla de Peñíscola, en donde estuvo refugiado el Papa Luna Bonifacio XIII. (Datos son éstos de Centeno Güell que me acompaña.)

En Barcelona, después de los sucesos sangrientos del 19 de julio y de la rápida victoria del Gobierno de la Generalidad sobre las guarniciones sublevadas, la vida parece ser normal. Enormes multitudes en las ramblas, que se aglomeran en la de los pájaros y en la de las flores, para oír noticias de la radiodifusora oficial sobre los últimos movimientos de la guerra civil. Avances, retiradas de leales y de facciosos. El público aplaude y prorrumpe en grandes vítores cada vez que se anuncian victorias del Frente Popular.

En las fachadas de los más céntricos edificios, en los vestíbulos de los

teatros que son ahora del pueblo, en las esquinas de plazas y avenidas pueden leerse grandes cartelones a colores:

«Les milicies us necessiten».

«Allisteu-vos a les Milicies Antifeixistes».

«Intervingut per la Generalitat de Catalunya».

Y también, como en Madrid, avisos sanitarios en tranvías y en el «metro»:

«No es permés fumar ni escopir».

Pero los catalanes, como los madrileños, fuman y escupen.

¡También demuestran su españolismo dando la vida en los campos de batalla!

Palabras del Presidente de la Generalidad

Don Luis Companys me recibe en su oficina privada del bellissimo palacio de la Generalidad. De regular estatura, afable pero de enérgico ademán, me narra emocionado cómo fué la tremenda lucha del 19 de julio de 1936.

«Todas las guarniciones—dice—estaban sublevadas, con excepción de los guardias de seguridad y de la guardia civil que era para nosotros una incógnita. La Generalidad sólo disponía de trescientos fusiles. Pues con esos mosquetones, y con el heroísmo de las masas populares, la sublevación fué debelada en catorce horas. ¡Un milagro! Milagro del pueblo barcelonés, milagro del pueblo catalán que no esperó el ataque de los insurrectos, sino que conquistaba las posiciones de los militares y el equipo bélico que tenían emplazado en varios puntos estratégicos de la ciudad. A las siete de la noche la democracia había dominado a los traidores. Y aquí, en esta misma oficina, desde este escritorio, el general Goded anunció su derrota y relevó a sus compañeros de los compromisos que hubiesen contraído con él, en discurso radiado a toda la República».

El señor Companys me confirma que, efectivamente, desde el 18 de agosto la Generalidad ha colectivizado la economía catalana y ha establecido el control obrero en todas las grandes industrias. Se estudia, además, la forma de suprimir los diversos impuestos para llegar a la implantación del impuesto único. Y se están formando sindicatos de campesinos para el desarrollo de la gran propiedad rústica, así como de los productores agrícolas que explotan la pequeña y la mediana propiedad.

«Todo esto—explica el jefe del Gobierno catalán—son los comienzos de un nuevo Estado, nacido de la revolución inatajable que ha provocado la codicia derechista. Y debemos proceder enérgicamente, porque nuevas debilidades, nuevas contemplaciones, podrían causar otra catástrofe. De la antigua organización nada quedará en pie, puesto que ya estamos atacando la fuerza económica de la caverna insaciable. Así, de acuerdo siempre con los poderes de la República, vamos transformando en Cataluña las viejas relaciones de producción; intensificando el régimen cooperativo; controlando las operaciones financieras hasta llegar a la nacionalización de la Banca; regulando técnicamente la economía de la Generalidad».

El señor Companys desea saludar por mi medio a los catalanes de América. ¡Que no se dejen impresionar por lo que digan y publiquen los enemigos del pueblo español y los enemigos del pueblo catalán! Quisiera tener cerca a sus paisanos, a los que atravesaron el Atlántico para conquistar una vida mejor y un merecido bienestar que no podían tener en su propia tierra. Y está seguro este auténtico revolucionario de que sus compatriotas, al enterarse de lo que ha ocurrido en España, estarían de lleno con la reivindicación social que empieza por fin a realizarse.

«Es necesario tomar en cuenta—continúa diciendo—que los militares, inconscientes como son del momento en que viven, cometieron la torpeza de lanzarse a la calle cuando las organizaciones obreras y campesinas estaban en plena madurez. Por eso han vencido los trabajadores. Y de allí que no podamos evitar la revolución. Y aun cuando pudiéramos, no debemos evi-